

DOMÈNECH SAMPERE, Xavier, *Luchas de clases, franquismo y democracia. Obreros y empresarios (1939-1979)*, Akal, Madrid, 2022, 416 pp.

La historia social del franquismo conoció su auge en los años 90 del siglo pasado cuando sus defensores incorporaron la perspectiva «desde abajo» para abordar las condiciones de vida y las formas de resistencia de las clases populares. El paso de los años no ha mermado la fertilidad de este campo, que ha visto cómo nuevos estudios locales, regionales o temáticos desbrozaban nuevos terrenos o completaban los ya explorados. Parece que, además, cada vez queda más cuestionada la división que condenaba las dos primeras décadas del franquismo a la temática de la represión y reservaba el tratamiento de las militancias políticas y obreras para el periodo tardofranquista. Es en el seno de este programa de investigación tan vivo donde debemos enmarcar la publicación de *Lucha de clases, franquismo y democracia. Obreros y empresarios (1939-1979)*.

El libro se estructura en siete capítulos precedidos por unos prolegómenos. Abordando la relación entre formaciones de clase y culturas políticas, el primer capítulo nos ofrece evidencias respecto a la —débil— transmisión de saberes y conocimientos entre la «vieja» y la «nueva» clase obrera que se formó durante el franquismo, así como las representaciones culturales de la segunda. El segundo capítulo detalla los orígenes y consolidación de una conflictividad obrera «por oleada», que terminó por volver obsoleto el marco legal anterior obligando al régimen a realizar transformaciones institucionales de calado. Estos cambios, parejos a la introducción del «fordismo a la española», abrirían una nueva fase estratégica para los militantes obreros, que conseguirán gradualmente triunfar en su infiltración del sindicato vertical.

El tercer capítulo es uno de los más ricos del libro y constituye un ejemplo claro de la importancia que tiene la reflexión metodológica en la práctica historiográfica. Se diseccionan las motivaciones que impulsaron las demandas obreras en discusión con las interpretaciones dominantes que, pese a sus diferencias, contabilizaron estos conflictos dividiéndolos en dos polos: el político y el económico. El autor cuestiona esta estrecha cuantificación que dejaba inexplicadas las huelgas de solidaridad, y cercenaba el rico y complejo reino de las motivaciones humanas en el lecho de Procusto. El capítulo cuarto trata los diferentes proyectos de «consolidación» del franquismo propiciados por la amenaza de la oposición, desmontando el «mito» de que los «aperturistas» fueran los encargados de pavimentar el camino hacia la democracia. El lector encontrará en el quinto capítulo una sugerente explicación de la década de los 70 en términos de crisis de hegemonía franquista y empresarial. Crisis que tuvo como principal responsable a los movimientos sociales de oposición —entre los que destaca el movimiento vecinal—, auténticos responsables de la caída del régimen, pese a que no consiguieran convertirse en los arquitectos de una reforma política que fue pilotada a sus espaldas.

Finalmente, los capítulos sexto y séptimo nos ofrecen una historia alternativa del franquismo como «régimen de clase». Esta es una de las contribuciones más originales del libro. Frente a la imagen de «privilegiados impotentes», los empresarios vieron en el franquismo la mejor manera de contener la conflictividad social y de mantener una de las tasas de beneficios más elevadas de Europa. Su integración institucional en el régimen es analizada como prueba de hegemonía política más que como debilidad.

Quizás el ámbito de menor concreción del libro sea el de las organizaciones políticas. El libro deja deliberadamente aparcados a los partidos, que solo entran de pleno derecho en el relato a partir de la década de los 70. Esto, aún con ventajas, paga un precio: desdibuja las diferencias entre proyectos estratégicos e ideológicos, perdiéndose algo de inteligibilidad en relación con sus éxitos y fracasos. En todo caso, el telón de fondo que nos ofrece es tan convincente que esta breve nota discordante no desmerece sus méritos generales.

Así pues, *Lucha de clases, franquismo y democracia* se nos presenta como una reivindicación de la historia social y «desde abajo», una apuesta por el enfoque que privilegia el conflicto de clases como vector explicativo del cambio político y social. En este sentido, tanto la discusión teórica e historiográfica de los prolegómenos como el análisis del proceso político son de plena actualidad. El autor incorpora parte de las perspectivas «liberadoras» elaboradas desde la historia cultural o sociocultural —como la importancia de las identidades y las culturas políticas— y las pone en diálogo con la «vieja» historia social —diálogo que también ha sido reivindicado por historiadores como Jesús Millán y M. C. Romeo—. Esto le permite identificar la interacción entre diferentes culturas en el interior de una misma clase, mostrando así la experiencia histórica en toda su complejidad. Como ha argumentado Vivek Chibber, en *The Class Matrix*, que todas las relaciones sociales estén inmersas en redes de significado abiertas al juego de una constante interpretación (*ergo* que no haya saltos mecánicos de posiciones estructurales a articulaciones políticas), no significa que todas ellas estén *causalmente subordinadas* a ese juego: las relaciones de dominación de clase tendrían así un peso determinante al fijar límites y presiones a la acción humana.

Una de las mayores virtudes de esta obra es, precisamente, haber conseguido una explicación equilibrada entre los factores estructurales y la agencia colectiva, donde el peso explicativo se otorga a la interrelación entre ambos. El lector apreciará que los protagonistas de este libro son militantes de base o cuadros medios que desfilan por el relato general en una polifonía cuidadosamente reconstruida. El cambio político y el conflicto social no emergen como resultado espasmódico y automático de la supuesta modernización económica del desarrollismo, ni tampoco entran en la historia como el producto de los pactos y transacciones de los centros de poder, esto es, del juego político de las élites. No obstante, y siguiendo una línea que iría de Walter Benjamin a Josep Fontana, con una prologada pausa en E. P. Thompson, el objetivo de nuestro autor no consiste simplemente en *in-*

cluir a los sujetos como si fuesen los «extras» de una película; ni tampoco quiere *reemplazar* a los viejos protagonistas por los trabajadores sindicados. A lo que aspira, sin abandonar el viejo adagio de Georges Lefebvre que establece que *sans erudition, pas d'histoire*, es a cuestionar la forma del relato general, sus causas y hasta su propia cronología.

Estas preocupaciones —tan «clásicas», si se quiere— de la historia social en ningún caso son lágrimas en la lluvia. Historiadoras como Selina Todd, Katrina Navickas o Marcel van der Linden han señalado cómo los continuos debates sobre la crisis de la «vieja» historia social y la cantidad de publicaciones que siguen realizándose muestran la vitalidad de la disciplina. Si bien se le otorga una centralidad menor que hace algunas décadas, se está produciendo un enriquecimiento y ampliación del arsenal teórico del análisis de clase de forma que permita mantener su capacidad explicativa y, a su vez, integrar nuevas temáticas. Nuestro autor sostiene que las agendas investigadoras seguirán estando marcadas por estos debates, tanto por la influencia de las corrientes surgidas de la crítica a la «vieja» historia social, como por los legados aún vivos de esta, entre los que el propio autor se reconoce porque, sostiene, la «vieja» historia social todavía «no ha dicho su última palabra».

Julio Martínez-Cava Aguilar
Xavier Granell Oteiza